

Ruy Pérez Tamayo

Cortés: ni monstruo ni santo sino todo lo contrario



Como muchos otros mexicanos educados en las escuelas primarias públicas de los años treinta, mis primeros contactos con la historia de México (como yo los recuerdo) fueron también mis primeras experiencias con el maniqueísmo, aunque pasó mucho tiempo para que me diera cuenta de ello. Dicho de otra manera, mis profesoras del cuarto al sexto año en la Escuela Primaria "República de Bolivia" me enseñaron que nuestro país era el resultado de una larga y dolorosa serie de conflictos entre dos tipos muy bien definidos de personajes, los "buenos" y los "malos"; entre los primeros estaban Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez, Serdán y Madero, mientras que entre los segundos se contaban Cortés, La Malinche, Iturbide, Calleja, Maximiliano, Díaz y Huerta. Naturalmente, los "buenos" contagiaban a sus seguidores con su bondad, por lo que los aztecas, los insurgentes, los juaristas, los mártires del porfiriato y los maderistas eran lo mejor, mientras que los tlaxcaltecas, los conquistadores, los encomenderos, los imperialistas, los conservadores y los antimaderistas eran los villanos. Con su visión de nuestra historia, mis profesoras de primaria se adelantaron a un famoso cineasta norteamericano, que hizo fama y fortuna promoviendo el mismo concepto del mundo y de la realidad: Walt Disney. Todos sabemos que el ratón Miguelito es bueno y que el gato Pedro Pata de Palo es malo; en sus múltiples encuentros, al principio el primero siempre pierde y sufre mientras que el segundo gana y lo disfruta, pero al final la justicia triunfa y mientras el ratón Miguelito recibe el reconocimiento público (y el de la ratona Minnie) el gato Pedro Pata de Palo va a dar a la cárcel. Muchos años después me enteré que entre los profesionales de la historia, este enfoque maniqueísta, tan favorecido por los libros de texto oficiales, el PRI y los oradores del 16 de septiembre, del 12 de octubre y del 20 de noviembre (y tan abominado por las

escuelas privadas), se conoce como "la historia de bronce" y no se le tiene mucho respeto; más bien, se le considera como el resultado de sumar 5 por ciento de historia con 95 por ciento de ideología.

Si aceptamos que la "historia de bronce" es la simplificación ideológica oficial de la verdadera historia de México, y que su imagen en espejo (en donde los "buenos" son los "malos", y viceversa) es otra simplificación ideológica, esta vez confesional, igualmente simple y falsa que la primera, cabe hacerse la siguiente pregunta sin pecar de inocente, ingenuo o algo peor: entonces, ¿qué fue lo que *realmente* pasó? Antes de intentar una respuesta nos conviene establecer lo que vamos a aceptar como real y verdadero, pero no en términos absolutos sino en distintos grados; en otras palabras, debemos señalar los criterios en que se basa nuestra mayor o menor aceptación de cada uno de los documentos que pretendemos esgrimir como básicos y cruciales para nuestro relato e interpretación de la historia de a veras. Por ejemplo, la contemporaneidad del escrito con los sucesos que cuenta no es suficiente, porque no hay testigos sin ideología o prejuicios, lo que a veces puede disminuir, cambiar y hasta evitar el contacto del relato con lo realmente ocurrido; otro ejemplo serían los textos autobiográficos, en los que el autor pocas veces escapa al deseo de surgir como persona recomendable, aun a costa de la veracidad de sus párrafos. El historiador profesional también debe cuidarse de no rellenar los huecos en su información con lo razonable o lo más probable, o de hacerlo sin decirlo, porque con frecuencia la realidad rebasa tales fronteras y resulta ser más irracional e improbable que nuestras fantasías más absurdas. Además, las ciencias históricas no deben estar reñidas con la buena literatura, como muy bien lo sabían Michelet, Gibbon y Febvre, y como muy bien lo ilustran O'Gorman, González y Blanquel entre nosotros. Y final-

mente, la buena historia tiene conciencia de que cada generación puede y debe recrear el pasado, *su propio* pasado, que cada vez será distinto pero siempre será cierto.

Éstas y otras muchas reflexiones me acompañaron durante la lectura del espléndido libro *Hernán Cortés*, de José Luis Martínez (JLM), recientemente publicado en coedición por el Fondo de Cultura Económica y la UNAM. El volumen aparecido es el primero y el más importante de un total de cinco del mismo autor que se imprimirán en el curso de este año; los otros cuatro incluyen muchos de los documentos originales consultados por JLM a lo largo de los cinco años que le tomó completar este *opus* y que se publican por primera vez. *Hernán Cortés* es un respetable tomo de 1015 páginas, con muchas y bien seleccionadas (aunque no todas felizmente reproducidas) ilustraciones, con 26 capítulos, varias y útiles cronologías repartidas en el texto, copiosas citas (todas originales) y una generosa bibliografía. A la muerte de Cortés (p. 759) todavía siguen cuatro muy interesantes capítulos más, una cronología general de 17 páginas, una bibliografía de 51 páginas, la lista de ilustraciones, un extenso y útilísimo índice onomástico de 38 páginas, y el índice general, que termina en la p. 1015.

Para mí, la aparición del *Hernán Cortés* de JLM no fue una sorpresa; desde 1983 tengo el privilegio de conocer personalmente a JLM, como director de la Academia Mexicana (de la Lengua), a la que ingresé en ese año. En ese culto y ameno (aunque breve) medio era conocimiento común que desde hacía ya tiempo JLM trabajaba febrilmente en su biografía de Cortés. Desde hace poco más de un año, algunas revistas periódicas y esotéricas del país se adornaron publicando por adelantado párrafos o capítulos completos de la biografía de Cortés de JLM. Sin embargo, el encuentro con el *Hernán Cortés* completo de JLM me produjo un impacto inesperado. A pesar

de su tamaño, la primera lectura del libro la hice de corrido, casi sin interrupción, no sólo porque el tema me interesa sino porque está escrito con tal fluidez y amenidad que las páginas vuelan y uno no las siente. La aventura de Cortés siempre me había parecido una de las más fantásticas que ha realizado el ser humano, pero con la perspectiva global y la riqueza de detalles que JLM incluye en su historia el personaje se agiganta todavía más. De hecho, lo más extraordinario es la metamorfosis de Cortés a lo largo de los cuatro años que duró la conquista y destrucción de Tenochtitlan, la reconstrucción de una nueva ciudad sobre sus ruinas, así como la creación de una sociedad nueva para ocuparla y de la organización de todo el país; este breve periodo lo inició como un soldado de fortuna, un aventurero movido principalmente por el oro, y lo terminó como el principal creador e indudable líder de un nuevo mundo. Para destruir a una civilización e imponer a otra era indispensable poseer un valor a toda prueba y una crueldad infinita, así como un fanatismo ciego y una seguridad absoluta de poseer la verdad y tener la razón en todo; el retrato de Cortés que surge de las páginas de JLM así lo muestran. La cumbre de las hazañas de Cortés y su buena suerte terminan en 1524, pues a partir de ese año y hasta su muerte en 1547 su vida será de fracasos, de viajes frustrados, de pleitos inconclusos, de pérdida de muchas de sus propiedades, de peticiones de justicia nunca concedida, de aislamiento y de amargura.

Entre los mejores y más informativos capítulos del *Hernán Cortés* de JLM están el xxiv, "Figura y Carácter" (797-835), y el xxv, "Las Ideas y Los Escritos" (837-863), que sirven para redondear la imagen del conquistador que se ha ido formando a lo largo del volumen. Aquí brillan no sólo la erudición y la calidad académica de JLM, sino también su sabiduría y la madurez de su juicio, sereno y objetivo. Al final del capítulo xxiv, JLM comenta:

Mucho se ha avanzado en el conocimiento histórico de la conquista, del mundo indígena y en general del siglo xvi, mientras que la figura de Cortés, aun después de cinco siglos de su nacimiento, con señaladas salvedades, sigue en poder de las facciones. Puesto que los mexicanos somos herederos de las dos ramas de nuestros abuelos, es deseable hacer un esfuerzo por conocer completa la personalidad de quien nos dio esta doble ascendencia. Acaso alguna vez consigamos librarlo de las ideo-

logías y estudiarlo con la cruel objetividad de la historia, para descubrir, con luces y sombras, una personalidad excepcional.

Creo que con su *Hernán Cortés* JLM ha hecho una contribución fundamental, quizá la definitiva (es difícil pensar que pueda ser superada) para que no sólo los mexicanos sino todo el mundo hispanohablante, así como todos los interesados en la historia de la humanidad, conozcan "con luces y sombras" a este personaje. Con la próxima aparición de los cuatro tomos de "Documentos" quedarán terminados y accesibles el mejor estudio biográfico de Cortés y uno de los relatos más detallados y eruditos de ese episodio, la conquista de México, que tanto contribuyó a transformar el mundo del siglo xvi.

Quiero terminar esta reseña mencionando que al escribirla me encuentro en medio de mi segunda lectura del *Hernán Cortés* de JLM. Pocas veces leo un libro dos veces de corrido, sobre todo la segunda a continuación de la primera. Sólo cuando el vehículo utilizado por el autor para comunicar su mensaje también es digno de atención, sólo cuando el manejo de las ideas y el uso del idioma me atraen y me cautivan. La prosa de JLM es fina sin presunciones estilísticas, elegante con discreción, correcta y precisa; pero además es fácil y fluida, lo que permite su lectura cómoda y sin congojas. Al estilo de JLM le queda muy bien su propia descripción del estilo de Cortés, que le parece:

...más bien neutro, como si su eficacia expresiva, su vivacidad y aun su tensión dramática, logradas con un mínimo de recursos... surgieran sólo de las cosas que narra.

El *Hernán Cortés* de JLM es el relato más equilibrado y erudito de la vida del conquistador español y de la epopeya que dio origen a México y a los mexicanos, escrito con toda propiedad y elegancia pero en tono menor, como debe ser, como se escriben las obras cuyo contenido es grandioso y resuena por sí mismo, como Beethoven escribió su novena sinfonía, en re menor. ♦

Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. México, Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 1990, 1015 pp.

Alquimia de la piedra

María Carlos

Ciudades, metáforas y decorados es el título del número más reciente de la revista *Afil*, del Instituto Francés de América Latina. Como su nombre lo indica, está dedicado a explorar, desde ópticas muy diversas, el curioso fenómeno de la ciudad, ese ente casi tan antiguo como el hombre mismo que crece y se transforma a una velocidad vertiginosa sin por ello perder su aura de encanto y misterio.

Quince autores de distintas latitudes recorren la ciudad haciéndola palabra. Poco importa de qué ciudad se trate: puede ser Londres o París, pero también la antigua Tenochtitlan; puede situarse en nuestros días o en un pasado muy remoto y, a decir de Julian Gracq, "no es preciso, incluso es sin duda de mediocre importancia el que uno haya realmente vivido en ella". Tampoco importa si está emplazada en un territorio fácil de señalar en las cartas geográficas o en la mente del narrador. Lo esencial es su carácter casi mítico, enraizado en la historia de sus habitantes hasta tal punto que éstos, en ocasiones, sólo se explican a través de ella.

Ciudad mística para Severo Sarduy, quien recrea en "Octagone blanc" una Alhambra imaginaria donde confluyen la alquimia de la piedra y la fuerza del Islam. Arquitectura literaria que sirve de puente entre la magia y la historia, como también ocurre en el texto de Michel Butor "Un jour nous construisons le pyramides", en el cual un artesano-escultor profetiza el surgimiento del reino ligándolo, indisolublemente, a oscuros designios de monarcas despóticos y dioses sanguinarios. Aquí, la ciudad misma es vivida como una deidad a la que los hombres, generación tras generación, habrán de rendir tributo.

Menos aterradora es la ciudad que describe Nicole Brossard ("Aura de una ciudad", "La palabra justa") y Julian Gracq ("La flexible holganza del callejeo", "En Roma"). Cálida, llena de recuerdos, la ciudad se ha despojado de su carácter monstruoso y totémico, tornándose en paisaje evocador de calma, de belleza, que sirve también de marco al relato de Robert Sabatier, "Le roman d'Ernest V", donde se oponen la ciudad del presente, Nueva York, a aquella de la infancia. Sabatier alterna imágenes de barrios populares parisinos, italianos, estadounidenses, edificando a base de recuerdos la ciudad ideal, que es la de la memoria.

La revista *Afil* rinde un especial home-